las verdades matemáticas son de evidencia inmediata, y él no quiso admitir más verdades que las que saliesen de su crítica, imitando la famosa duda metódica de Descartes, como si jamas de la negacion pudiese salir una afirmacion. Kant llama á su procedimiento *crítico* por el método, y *trascendental* por el objeto. Y despues de un análisis del entendimiento tan complicada, tan prolija y tan caprichosa, que hubiera dado envidia á Aristóteles y á Hume, dice que el *espacio* y el *tiempo* son dos formas *necesarias* de la sensibilidad que *imponemos* á la materia de la sensacion para poder conocerla; pero que estas formas de tiempo y espacio *no están en los objetos*, pues son formas que residen en nosotros como condiciones prévias de nuestra aptitud para adquirir la intuicion de los objetos. De esta invencion de las dos ideas necesarias que imponemos á los objetos para poder conocerlos ¿qué resultó? Resultó la rotacion de la idea más fatigosa y más monótona que ha podido ser causa y efecto de la demencia humana en su más alto grado de exaltacion.

Para saber cómo llegamos al conocimiento de las cosas por el intermediario de nuestras facultades pasivas y activas, pensó Kant que debíamos estudiar en primer lugar estas mismas facultades; de

cuyo estudio nació su célebre *Crítica del juicio y de la razon*. Despues del análisis ideológico más paciente y más profundo que se ha hecho jamas desde la aparicion de Aristóteles, llegó al triste resultado de que no existe un lazo necesario entre nuestras facultades y su objeto, entre nuestro entendimiento y el mundo exterior, entre nuestra razon y el mundo metafísico, entre la idea y la realidad. No fueron nuestras facultades á los ojos de Kant más que formas subjetivas, instrumentos de nuestro propio espíritu, órganos del entendimiento, capaces sólo de probar la existencia del entendimiento mismo, pero incapaces de conocer nada fuera de sí, de ponernos en posesion de la realidad del mundo. De este modo llegó á un escepticismo, tanto más desolador cuanto que parecia más científico, y abrió un abismo insondable entre las facultades humanas y la realidad de las cosas.

Decian ciertos orientales: darás vueltas sobre tí mismo con un movimiento circular y rápido; continuarás este movimiento hasta que te veas poseido del santo vértigo, y te elevarás por la contemplacion sobre todas las cosas de la tierra; te separarás de tus sentidos, cerrarás tus ojos y tus oidos á los objetos exteriores, sujetarás tu imaginacion, y harás cuanto puedas por enajenarte y unirte al ente

necesario. Hé aquí la imágen de Kant haciendo la *crítica* del entendimiento humano, y llegando por ella á la ciencia *trascendental*. Las vueltas sobre sí mismo son la *crítica*, la ciencia trascendental es la posesion del *santo vértigo*.

Y esto es exactísimo, pues partiendo de estas ideas *subjetivas* y *necesarias* de Kant, que son los principios generales ó sea las bases de lo que suele llamarse filosofía alemana, resulta un sistema diferente segun es diferente el punto de vista en que el espectador se coloca. Los puntos de vista son en número de tres, y han dado orígen á los tres grandes sistemas de la moderna filosofía germánica. Puede uno colocarse en el punto de vista del *yo*, concentrarse en el *yo*, establecerle como lo absoluto mismo, y tratar de deducir de él la universalidad de las cosas: se llega entónces al *idealismo subjetivo* de Fichte. Ó ya, colocarse en el seno de la realidad, abrazar á la vez el *yo* y *el mundo*, y considerarlos como los desarrollos de la *identidad absoluta:* se obtiene por este procedimiento el *idealismo objetivo* de Schelling. En fin, puede salirse de toda realidad, colocarse en el seno de las leyes puramente *lógicas*, en un mundo abstracto; y se llega entónces á la *evolucion de la idea*, á la teoría puramente lógica de Hegel.

Expliquemos esto de otra manera más concreta y más clara.

Kant.—La idea no garantiza nada más que á sí misma.

Fichte.—La idea produce el sér.

Schelling.—El sér reproduce la idea.

Hegel.—La idea es el sér.

Ó, de otro modo:

¿Qué es lo que existe?

Kant.—La duda, y, si algo existe, es algo del yo.

Fichte.—No existe más que el yo.

Schelling.—El yo es una evolucion del no yo.

Hegel.—El no yo es una evolucion del yo.

Despues de la filosofía crítica sucedió lo que era indispensable que sucediese, pues una vez abierto un abismo entre la idea y la realidad, los sucesores de Kant para explicar la posibilidad del conocimiento se vieron en la necesidad de ó suprimir una de las dos orillas del abismo, como hizo Fichte, absorbiendo la realidad en la idea, el *no yo* en el *yo*, ó tuvieron que terraplenar el abismo, juntando las dos orillas, como hicieron Schelling y Hegel, suprimiendo el pozo de Demócrito que habia excavado Kant entre el conocimiento y el sér, entre el sujeto y el objeto, y afirmando que el sér está en el conocimiento, que *ser* y *conocer* son *idénticos;* por consi-

guiente que nuestro conocimiento de las cosas nos pone en posesion de la esencia de las cosas mismas.

¿No es cierto que á todos y á cada uno de estos filósofos se les puede aplicar esta descripcion que hace un autor de ciertos monjes asiáticos? Cuando se ve á un Dervich dar vueltas sobre sí mismo hasta caerse en tierra sin conocimiento y sin sentido, borracho, embrutecido y aturdido, casi en el estado de un muerto, ¿quién creerá que ha sido conducido á esta práctica extravagante por un encadenamiento increible de consecuencias delicadas y de verdades muy sublimes? ¿Quién podrá persuadirse que aquel que está sentado inmóvil en el fondo de una caverna, apoyados los codos sobre sus rodillas, reclinada la cabeza sobre sus manos, y la vista fijamente puesta en la punta de su nariz esperando dias enteros la aparicion beatífica de la llama azul, es un gran filósofo?

Pero recordemos el punto de partida. Decia Kant que era imposible saber cómo se conoce, porque *conocer* y *ser* son cosas *diferentes*. Vinieron sus sucesores, y afirmaron que lo más fácil de todo es saber cómo se conoce, porque conocer y ser son *idénticos*.

Kant, volvemos á decir, abrió un abismo entre el conocer y ser, y creó el *escepticismo*.

Sus discípulos volvieron á terraplenar el abismo, é *identificando* el conocer y el ser, crearon el *panteismo*.

Porque, es claro, si ser y conocer son *idénticos*, si conocerse á sí mismo es conocer la esencia de las cosas, es necesario, de absoluta necesidad, que esta esencia esté en nosotros, y que no haya en realidad más que una sola sustancia en el mundo. Esta única sustancia es la identidad, que se desarrolla necesariamente, y de una manera infinita, en la naturaleza y en el entendimiento humano, y que llega en la inteligencia humana al conocimiento de sí mismo.

Si se desarrolla la identidad en la naturaleza y en el entendimiento humano, no hay un Dios *perfecto*, un Dios *personal*, anterior al mundo, *distinto* del mundo y *causa* del mundo. Si desarrolla la identidad su esencia en la produccion del mundo, no hay verdadera *creacion*. Hé aquí el panteismo en su expresion más clara, y el panteismo más antipático y más contrario á las puras nociones de la doctrina cristiana.

V.

Vamos, en fin, á tomar posesion del mundo real, de ese Proteo que hasta ahora se ha escapado á toda prueba científica, de esa materia cuya existencia es más difícil de patentizar que el mismo espíritu.

Nosotros no conocemos nada más que lo que es por su naturaleza análogo á la naturaleza de nuestra facultad de conocer. De aquí el lazo estrecho que une el mundo de los hechos y el de las ideas; de aquí esta perpétua analogía que reina entre lo subjetivo y lo objetivo, entre la idea y la realidad.

El pensamiento arremolinado de la filosofía alemana, este vértigo de medio siglo, repetiremos que ha sido producido por la invencion de las dos ideas necesarias de Kant, que *imponemos* á la materia de la sensacion para conocerla. Y ¿quién dirá que esto que Kant llamaba una *ilusion trascendental*, y que no ha sido más que una fuente de errores *trascendentales*, era en rigor casi casi una verdad *trascendentalísima?* Ese *tiempo* y ese *espacio* que el entendimiento *supone á priori* para poder conocer, para que el pensamiento se ponga en relacion con la

cosa pensada, es la cantidad, es la idea sustancial considerada bajo uno de sus dos aspectos, el de la extension. Añadid á ese *tiempo* y á ese *espacio*, á esa cantidad extensiva, á ese *más* y *ménos*, la vida y el espíritu, lo intensivo, lo *mejor* y lo *peor*, y tendreis completa la idea de cantidad, la sustancia, idea necesaria del pensamiento y de la cosa pensada, con lo que se piensa y por lo que se piensa; idea necesaria para conocer, é indispensable para poder ser conocido; elemento genesíaco que lo mismo está en el espectador, que en el espectáculo.

Lo repito: así como á Descartes para tener una idea clara de la sustancia, le faltó dar algun enlace á la *extension* y al *pensamiento*, uniéndolos en la idea ontológica de *cantidad;* á Kant le faltó añadir á las dos ideas necesarias de *tiempo* y *espacio*, ó sea, la idea abstracta de extension, la idea correspondiente de *vida* y *pensamiento*, ó sea, la abstraccion de la cantidad intensiva. De este modo ya podia inferir que el pensamiento conoce la cosa pensada, porque aplica la idea de cantidad sustancial de que están en posesion las cosas que se piensan. Lo que tiene el entendimiento para poder *conocer*, eso mismo tienen las cosas para poder ser *conocidas*.

VI.

La idea sustancial universal de las cosas, la cantidad, que en los seres morales es más ó ménos intensa, y en los materiales, más ó ménos extensa, es el hilo eléctrico por donde están en comunicacion directa todos los extremos de la creacion; por donde lo que conoce se pone en comunicacion con lo conocido. Suprimid la idea de cantidad, y suprimireis la posibilidad de la existencia de ninguna cosa. Volved á recobrar la idea de cantidad, y ya no sólo volveis á reconquistar la posibilidad de la existencia de alguna cosa, sino que echais un puente que une y da paso á todas las cosas posibles. Suponed ahora un sujeto que conoce, y un objeto que conocer. ¿Cómo lo conocerá? Si el sujeto que ha de conocer, tuviese, lo que no es posible, todas las ideas, ménos una, la idea sustancial, ó de cantidad, el sujeto no podria jamas ponerse en relacion con el objeto. Pero teniendo el sujeto la idea de cantidad, corriendo el pensamiento por la sustancia que le es comun con la cosa pensada, si es un objeto material, lo calcula, lo imagina en sus infinitas divisiones y

subdivisiones; y, si es espiritual, lo compara, lo mide y lo piensa, en los infinitos grados y sub-grados de su perfeccion moral. El pensamiento tiene un punto de union con la cosa pensada en la idea ontológica de cantidad; por medio de esta idea la mide, y la calcula, la aplica el *más* y el *ménos*, el *mejor* y *peor*, y conoce el grado de su grandor físico y el de su grandeza moral.

Para mejor inteligencia de esta idea hagamos una aplicacion. ¿Cómo conozco este libro? Del modo siguiente. Mi pensamiento ha sido creado bajo el plan de la idea de cantidad intensiva, más ó ménos extensa, idea necesaria para que fuese *creado* mi pensamiento, é idea única y necesaria con la cual mi pensamiento *conoce*. De esta idea necesaria y única mi pensamiento deduce todas las ideas de más y ménos, matemáticas; y de mejor y peor, moral. Con la idea de cantidad se saca por generacion todo el saber posible. Tal es el sujeto que *conoce*. Vamos ahora al objeto *conocido*. Este libro ha sido *creado* con una cantidad extensa, más ó ménos intensiva; y, al verlo, mi pensamiento, con la idea de cantidad, que es su sustancia, *conoce* la idea sustancial del libro, que tambien es cantidad, y juzga si el libro es más grande ó más pequeño, más bueno ó más malo; le puede aplicar todas las ideas mate-

máticas y morales; lo juzga con todas las reglas del saber humano, lo *conoce*.

Hé aquí, segun nuestro parecer, á lo que quedan reducidas las dos cuestiones batallonas en filosofía del *orígen de las ideas*, y de la *posibilidad del conocimiento humano*.

El fenómeno del conocimiento, esta aproximacion tan íntima entre el espíritu y el cuerpo, le parece al ideólogo á quien he aludido hace poco, un prodigio más asombroso aún que el de su salida de la nada. En ninguna parte, dice, ha desplegado el Dios creador más sabiduría, más potencia, más autoridad, que atribuyendo á los sentidos la facultad de trasformar lo material en especie espiritual, permaneciendo materiales ellos mismos, y atribuyendo al alma la facultad de apoderarse de lo material, copiar en sí su perfecta imágen y permanecer ella misma simple y espiritual. En ninguna parte, añade, la potencia creadora se mostró más señora absoluta que ligando y armonizando con semejantes relaciones naturalezas tan opuestas. El fenómeno del conocimiento es el más grande, el más maravilloso de los prodigios de la creacion.

Y, sin embargo, dado el prodigio de la creacion, y supuesta la idea necesaria sustancial de todas las cosas, ¿no es verdad, lectores mios, que las dos

grandes cuestiones del orígen de las ideas, y de su realizacion en el mundo, quedan reducidas á los dos fenómenos más sencillos, más claros y más rudimentarios de la filosofía?